

ESTUDIOS ORIENTALES

7

PROCOPIO DE CESAREA

LOS EDIFICIOS



Traducción, introducción y notas de

Miguel Periago Lorente

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
I. Datos biográficos sobre Procopio de Cesarea	9
II. Sus obras	10
III. Los Edificios	12
A) Rasgos específicos de la obra	13
B) Propósito del autor	13
C) Análisis del contenido de la obra	15
D) Texto y ediciones	22
E) Traducciones	23
IV. Bibliografía	23
LIBRO I	27
LIBRO II	49
LIBRO III	67
LIBRO IV	77
LIBRO V	97
LIBRO VI	109
ÍNDICE DE NOMBRES	117

LIBRO I

I. No es por un deseo de realizar una demostración de destreza, ni por la confianza que tengo en el poder persuasivo de mis palabras, ni tampoco por la arrogancia sustentada en el conocimiento de los lugares, por lo que me he aplicado a la redacción de la presente historia; porque no tenía motivo alguno por el que pudiera conducirme a expresarme libremente. Sin embargo, muchas veces me ha surgido la reflexión de la cantidad y tamaño de los beneficios que la historia suele originar para las ciudades, al proporcionar a las generaciones futuras el recuerdo de los hechos acaecidos en el pasado, porque, por un lado, se opone al tiempo que pugna por ocultar los acontecimientos y, por otro, ensalza con alabanzas el mérito de los que habitualmente la leen, pero también ataca constantemente la maldad y rechaza así su influjo. Por tanto, tan sólo debemos preocuparnos de lo siguiente: de que los hechos acaecidos sean de una transparencia evidente y por quién, de entre todo el mundo, fueron realizados. Y esto, creo yo, ni siquiera es imposible para una lengua que tartamudee y balbucee. Pero aparte de esto, la historia muestra que los súbditos que han gozado de una buena situación han adoptado una actitud de agradecimiento para con sus bienhechores¹, y que les han correspondido con creces en sus manifestaciones de agradecimiento, dado que aquéllos, si llega el caso, por el hecho de que disfrutaron en su momento del beneficio de sus gobernantes, les conservan, por otra parte, su virtud imperecedera para recuerdo de generaciones futuras. En efecto, también por esa razón muchos descendientes se afanan por la virtud tratando de emular los honores de sus antepasados y, encontrándose a disgusto ante las calumnias, rehusan, como es natural, las ocupaciones más viles. Pero al punto mostraré por qué motivo he hecho este preámbulo.

1 El propio Procopio se sentía, sin duda, agradecido con el emperador, entre otras razones, por haber sido distinguido con el nombramiento de *illustris* (v. INTROD. pág. 10), lo que implicaba ciertamente el poder alcanzar los más altos rangos en el orden senatorial, aparte de importantes privilegios fiscales y jurisdiccionales. Véase, respecto a esta distinción, A. H. M. JONES, *The later Roman Empire, 284-602*, (en dos vols., con numeración correlativa; en lo sucesivo, citado JONES) vol. I, pág. 529.

En nuestra época ha surgido el emperador Justiniano, que haciéndose cargo de un estado convulsionado por el desorden, lo ha hecho mucho mayor en su extensión² y mucho más famoso, expulsando de él a los bárbaros que desde antiguo lo acosaban, tal como ha quedado expuesto por mí, de un modo minucioso, en mi **Historia de las guerras**. En verdad dicen que Temístocles, el hijo de Neocles, en una ocasión se jactó de que no se encontraba incapacitado para hacer grande una ciudad pequeña. Éste, en cambio, no carece de preparación para agenciarse otros estados. Efectivamente, anexionó de inmediato al Imperio Romano muchos estados que, en su tiempo, habían pertenecido a otros, y dejó fundadas innumerables ciudades que antes no existían. Y encontrando que la creencia en Dios se hallaba anteriormente equivocada y obligada a orientarse en muchas direcciones, quebrantó todas las tendencias erróneas y logró que se erigiera sobre un único cimiento en la solidez de la fe³. Además de ello, habiendo estimado que las leyes eran oscuras por haber alcanzado un número excesivo, por encima de lo debido, y que manifiestamente se encontraban en desorden por aplicarse, en discrepancia unas contra otras, las limpió de la cantidad de argucias que contenían, superó sus contradicciones internas y las aseguró con firmeza⁴. Y a los que conspiraban contra él les quitó, por su propia intervención, los motivos para ello; a los necesitados de medios de vida los dejó saciados de recursos y, anulando el hado adverso que los oprimía, los asoció a un estado para llevar una existencia feliz. Mas también fortaleció el Imperio Romano, expuesto a los bárbaros desde todas partes, con abundancia de tropas y fortificó todos sus confines extremos con la construcción de fortalezas⁵.

2 Por la recuperación del norte de África, Italia y parte de España, como partes del antiguo Imperio romano. La construcción y reconstrucción de fortalezas, que protejan el territorio y fronteras del Imperio, la edificación de nuevas ciudades (como se menciona más adelante) y la recuperación de los territorios que pertenecieron al antiguo Imperio romano constituyen la esencia de la política exterior de Justiniano. «El restablecimiento del antiguo Imperio romano, la *Reconquista* (sic, en español), y la unidad del mundo romano, como poder universal, constituyen los componentes fundamentales de la teoría y praxis política del emperador». Así se expresa D. A. ZAKYTHINOS en su obra *Byzantinische Geschichte 324-1071* (en lo sucesivo, citado ZAKYTHINOS), Viena-Colonia-Graz 1979, pág. 37.

3 La defensa de la fe y el establecimiento de la ortodoxia cristiana, como creencia única, constituyen el eje de su política religiosa, como ya hemos apuntado anteriormente (v. INTRODUCCIÓN, pág. 14). Para ello, promulgó decretos contra herejes y paganos. El hecho lo comenta, entre otros, A. A. VASILIEV (*supra*, págs.188-192 de su ya cit. obra, en n. 10, INTROD. pág. 11; en lo sucesivo, citado VASILIEV), JONES, I, pág. 296 y R. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ (*supra*, pág. 60 y sigs. de su ya cit. obra, en n. 25, INTROD. pág. 14; en lo sucesivo, cit. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ).

4 Se está refiriendo aquí Procopio a la recopilación legal que llevó a cabo Justiniano. En un corto espacio de tiempo, bajo la dirección del jurista Triboniano y de Teófilo, profesor de Leyes en Constantinopla, salió a la luz, en el año 529 (el emperador subió al trono en el 527) el llamado *Codex Iustinianus*, en diez libros, que recogía los distintos *codices* romanos, desde Adriano. Posteriormente, en el año 530, fue encargado también Triboniano de eliminar las leyes obsoletas antiguas y las «contradicciones internas» (a las que alude Procopio). El nuevo código depurado vio la luz en el año 533, siendo conocido por las *Digesta o Pandectae*. La misma comisión (a la que se sumó Doroteo, profesor en Beirut) fue encargada por Justiniano de resumir, en un manual práctico, sobre todo para los jóvenes, el contenido del *Codex* y las *Pandectae*. En consecuencia, el mismo año 533, se publicaban las *Institutiones o Institutae*. Por último, el *Codex* se volvió a depurar en una segunda edición, en el año 534, ampliada en doce libros, y es el *Codex* que recibió Occidente, ya que la primera edición no ha llegado hasta nosotros. El resto de leyes, promulgadas después del año 534, las conocemos con el nombre de *Novelas (Novellae leges*, aunque la mayoría de éstas se escribieron en griego). Por último, toda esta legislación, promulgada en el reinado de Justiniano, se conoce en Europa, desde el siglo XII, como *Corpus iuris civilis*. Para una documentación más amplia, consúltense: VASILIEV, págs. 178-186, ZAKYTHINOS, págs. 43-44, OSTROGOSKY, pág. 51, JONES, págs. 278-279 y, sobre todo, GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, págs. 31-50.

5 Con la construcción de fortalezas se completaban los objetivos de la política de Justiniano, una vez enumerados ya la restauración del Imperio, la unidad de la fe, la recopilación legal y la construcción de nuevas ciudades.

Sin embargo, de otros temas muchos aspectos han quedado descritos por mí en otros libros, pero en el presente se describirán las beneficiosas obras que el emperador ha llevado a cabo como constructor. Dicen que el mejor rey, de los que conocemos por tradición, fue Ciro el Persa, y el responsable más directo de la monarquía para los de su estirpe. Pero si aquel Ciro fue, en cierto modo, tal como el que recibió la educación de Jenofonte el Ateniense, yo no puedo saberlo. Porque quizá también, sin duda, la destreza del que describió aquellos acontecimientos, merced a la ingeniosa convicción de su relato, tuvo el influjo suficiente para que se originara un ornato de los hechos. Pero si examinara con atención el reinado de nuestro soberano Justiniano (a quien, por supuesto, se le podría decir con razón, creo, rey por naturaleza, al dirigirse a él, puesto que es, como dice Homero, «bondadoso como un padre»⁶) se creerá que el gobierno de Ciro es una especie de juego de niños. Tal hecho lo atestiguará el Imperio que, como he mencionado hace un poco, se ha más que duplicado en territorio y en otros recursos gracias a él; en cambio, los que tramaron un complot con la intención de darle muerte, no ya conservan su vida hasta el momento presente y conservan sus propiedades, aunque se haya puesto de manifiesto su culpabilidad, sino que desempeñan sus cargos de generales de los romanos y ejercen funciones en su calidad de adscritos a la dignidad de cónsules⁷.

Pero con todo ello, como dije, debemos encaminarnos a los edificios de este monarca para que, a las generaciones futuras que los contemplen, no les quepa duda, por su cantidad y magnitud, de que se trata realmente de las obras de un solo hombre. Porque muchas empresas también de antepasados que no han sido confirmadas provocan el descrédito en los escritos que superan sus merecimientos. Y probablemente los edificios de Bizancio, frente a todos, pueden representar para mi argumentación un sólido fundamento. Porque «al comienzo de una obra», según el dicho antiguo, «hay que situar una fachada que brille lejos».⁸

El común de los hombres, y el vulgo en general, se levantó en Bizancio contra el emperador Justiniano y llevó a cabo la revuelta llamada de Nica⁹, que ha sido descrita por mí con toda

6 *Odisea* II 47 y XV 152. La idea de que un buen gobernante debe tratar a sus súbditos «como un padre trataría a sus hijos» aparece en *Novelas*, 8 (16), 10, edic. de von LINGENTHAL, t. I, pág. 104.

7 Hace alusión Procopio al perdón, restitución de bienes y cargos de los senadores participantes en la revuelta Nica, que se habían exiliado, y sus propiedades les habían sido confiscadas, y, posteriormente, regresaron con la subsiguiente devolución de propiedades y dignidades. Pero los cabecillas responsables, los sobrinos del emperador Anastasio, Hipatio (proclamado emperador por los sediciosos) y Pompeyo fueron detenidos y ejecutados. A sus hijos, en cambio, también se le restituyeron dignidades y propiedades, como a los demás conjurados. Véase JONES, I, pág. 272.

8 Píndaro, *Ol.* VI 4.

9 Porque los sediciosos se levantaron al grito de «Nika» (victoria). La revuelta, que se originó en el hipódromo, la describe Procopio con todo detalle en su *Historia de las guerras*, I, XXIV. Existían en Constantinopla dos facciones rivales, los Verdes y los Azules, que animaban las carreras de carros en el hipódromo, y en torno a los aurigas se agrupaban estas facciones, pues sufragaban los gastos de estas competiciones. Podrían entenderse éstas como lo que hoy conocemos como partidos políticos, pues en su seno, cuando se reunían por el barrio del hipódromo, se discutía de religión, política, etc. En el orden religioso, los Verdes eran monofisitas, y habían sido protegidos por el emperador Anastasio, mientras que los Azules eran ortodoxos y habían recibido el apoyo de los emperadores Justino y Justiniano. La realidad es que estas facciones, dejando a un lado sus diferencias, se unieron, en enero del año 532, irritados por la dureza del prefecto de la ciudad, Eudemon, por la crueldad del pretor Juan de Capadocia, nombrado el año anterior, y por la arbitrariedad, a su juicio, de Triboniano, el famoso jurista, que desempeñaba el cargo de cuestor desde el año 529. La revuelta fue sofocada por los generales Belisario, que acababa de regresar de la campaña contra los persas, y Mundo, que había regresado también de Iliria, de donde era comandante en jefe (*magister militum per Illyricum*). Se dice que perecieron treinta mil ciudadanos. Para una documentación más amplia, consúltese, entre otros, a VASILIEV, págs. 194-198 y ZAKYTHINOS, págs. 43. Véase también, *supra*, n. 7. En cuanto a la actuación de la emperatriz Teodora en este suceso, v. J. A. S. EVANS «The Nika rebellion and the empress Theodora» *Byzantion* LIV 1984, págs. 380-382. En su opinión, Procopio transforma los acontecimientos en un relato dramático, en el que Teodora aparece como una heroína.

exactitud y claridad en mi **Historia de las guerras**. Pero poniendo de manifiesto que habían levantado sus armas como unos malditos no sólo contra el emperador, sino nada menos que contra Dios, se atrevieron a incendiar la iglesia de los cristianos (las gentes de Bizancio llaman al templo Sofía¹⁰, denominación que han ideado de un modo muy apropiado para Dios), y la Divinidad les permite llevar a cabo su impiedad, previendo a qué grado de belleza iba a ser transformado este templo. Pues bien, la iglesia quedó entonces, en su totalidad, reducida a carbón; pero el emperador Justiniano, no mucho después, la ha diseñado de tal forma, que, si algún cristiano hubiera preguntado con anterioridad [al incendio] si la iglesia sucumbía con su beneplácito y surgía una como la presente, mostrando la configuración de la actual edificación, me parece, muy sintéticamente, que habría rezado por contemplar la iglesia en el estado en que quedó, para que el edificio se hubiera transformado en la presente estructura. Pues bien, el emperador sin pararse a pensar en todos los gastos, se aplicó con denuedo a su construcción y congregó a toda clase de artesanos de cualquier parte de la tierra. Antemio de Tralles, persona muy estimada en la llamada técnica de la construcción, no ya entre todos sus contemporáneos, sino incluso más que los que le precedieron, cooperó al entusiasmo del emperador dirigiendo las tareas a los artesanos y preparando de antemano los diseños de las futuras construcciones, y con él se hallaba también otro constructor, de nombre Isidoro, oriundo de Mileto, sensato y especialmente capacitado para ayudar al emperador Justiniano. Pero, por lo demás, también era ello una cuestión del honor de Dios respecto al emperador, por haber proporcionado los que le serían más útiles para las realizaciones futuras. Y probablemente cualquiera puede admirarse de la intención del propio emperador por el hecho de que realmente pudo seleccionar¹¹, de entre todo el mundo, a los más adecuados para lo más valioso de sus tareas.

Por consiguiente, la iglesia se ha convertido en un espectáculo lleno de belleza, sobrenatural para los que la contemplan e increíble del todo para los que la conocen de oídas. Porque se alza sobremanera hacia las celestes alturas, y como si estuviera fondeada entre las demás edificaciones, se balancea y se sitúa por encima del resto de la ciudad, embelleciéndola, porque es una parte de ella y, por otra parte, ufanándose de ello, porque perteneciendo a la ciudad y superándola surge de tal modo que, desde ella, se divisa la ciudad como si desde una atalaya se tratara. Su anchura y longitud se han ajustado tan cuidadosamente, que no se puede decir, por incurrir en una inconveniencia, que sea de un largo exagerado y exactamente igual de su ancho; y por su indescriptible belleza, se ennoblece. Por su mole y la armonía de sus proporciones, manifiesta su gracia porque, en modo alguno, contiene excesos ni carencias, ya que es más pretenciosa de lo que habitualmente es un edificio y bastante más digna de lo que corresponde a una edificación enorme, y de un modo extraordinario rebosa luz y resplandores solares. Se podría decir que su interior no está iluminado por la luz solar de fuera, sino que en ella es connatural la iluminación; tan grande es la abundancia de luz que se esparce por este templo. Y en cuanto a su fachada (sería la parte que da a levante, donde por supuesto se celebran los misterios en honor de Dios)

10 «Sabiduría», obviamente.

11 En la *Historia secreta* (XXI 7-25) ofrece Procopio otra causa de selección. En efecto, al menos en ese pasaje, se habla de intrigas en torno a la asignación de cargos e incluso se insinúa que el emperador buscaba a hombres sin escrúpulos para ocupar los cargos públicos, porque las personas decentes no los habrían aceptado. No obstante, AVERIL CAMERON (pág. 30 de su ya citada obra, *Procopius and the sixth century*, en n. 4, INTROD., pág. 9; en lo sucesivo, se citará AV. CAMERON) asegura que esta inspiración divina, aparte de apreciarse en la selección de las personas, también se da en un pasaje de *Las guerras* (II, X 1), cuando se describe el saqueo de Antioquía por Cosroes, en el año 540. Esta autora estima, además, *Ibidem*, pág. 113, que la providencia divina se evidencia en las tres obras de Procopio.

se ha construido de la siguiente manera: una estructura de fábrica se levanta desde el suelo, pero no se ha trazado a cordel, sino que sobresale ligeramente por los flancos y se retranquea por el centro, adaptando una configuración semicircular que los expertos en la materia denominan semicilíndrica; y se eleva escarpadamente a lo alto. Y la parte más elevada de esta edificación se resuelve en una estructura cuatripartita esférica y sobre ella otra estructura en forma de media luna la enlaza con las partes adyacentes de la edificación, admirable por su ornato, pero temible del todo por la frágil apariencia de su composición. Porque da la impresión, en cierto modo, de que no se eleva en el aire sobre una base firme, sino de que se alza peligrosamente para los que se encuentran abajo. Sin embargo, ocurre lo contrario, se sustenta en una sólida firmeza. En cada una de estas partes se encuentran columnas sobre la cimentación, pero no se hallan situadas en línea recta, sino hacia dentro, en una disposición semicircular, como si cedieran entre sí en un baile, y por encima de ellas pende la estructura en forma de media luna. Y en la parte opuesta a levante se ha trazado un muro que contiene los accesos, y a cada uno de los lados de aquél se alzan en semicírculo columnas y, por encima de ellas, una estructura similar a la que se ha descrito. Y en el centro del templo se levantan cuatro resaltes¹², de factura manual, que llaman contrafuertes¹³, dos al norte y dos al sur, opuestos e iguales entre sí y, en medio de ellos, cada uno de estos dos contiene precisamente cuatro columnas. Los resaltes¹⁴ se componen, en su elaboración, de piedras de gran tamaño, que han sido seleccionadas expresamente y encajadas diestramente unas con otras por los canteros, y se elevan a una gran altura. Al verlos, se podría suponer que se trata de unos picachos puntiagudos. De éstos salen cuatro cúpulas¹⁵ en cuadrilátero, y sus extremos confluyen a dos entre sí y se apoyan en la cúspide de aquellos resaltes; el resto de la construcción se levanta y eleva hasta una altura infinita. Dos de las cúpulas se alzan al vacío del aire, en concreto, al sol naciente y al poniente; las dos restantes tienen por debajo cierta estructura y unas columnas un tanto pequeñas. Pero por encima de aquéllas, se levanta una estructura circular de forma cilíndrica. Por ello, siempre la luz del día esboza su sonrisa, lo primero. Pues, creo, se destaca por encima de toda la tierra, y la estructura se interrumpe a cortos intervalos, permitiendo adrede que los espacios abiertos, en la medida de lo posible, donde justamente se produce la perforación de la estructura, sean conductos de luz de un modo suficiente. Pero dado que la conexión de las cúpulas se ha efectuado en forma de tetragono, la obra intermedia se ha resuelto en cuatro triángulos y cada sustentación de los triángulos, presionada por la sujeción de las cúpulas entre sí, forma en su parte baja un ángulo agudo, pero el resto ascendiendo y ensanchándose en su parte intermedia termina en una estructura circular que sustenta y forma los restantes ángulos en ese punto. Pero sobre esta estructura circular se eleva una enorme bóveda esférica que la hace especialmente bella. Sin embargo, no parece que se levante sobre una sólida estructura, sino que, suspendida del cielo, cubra el espacio con su

12 λόφοι, en griego. «Resaltes» o «realces», que sirven de sólidos soportes. El término, según Heródoto (I 171) es de origen cario.

13 πεσσοί, en griego. Explica el término anterior, al aclarar que se trata de contrafuertes, de una especie de diques de piedra de sustentación, como se expresa a continuación.

14 Viene en el texto λόφοι, y no πεσσοί, con lo que el autor nos da a entender que se trata de lo mismo.

15 ἀψίδες, en griego. Puede significar también «bóvedas» y «arcadas».

áurea esfera. Todos estos elementos¹⁶ ajustados entre sí en medio del aire, en contra de lo que podía esperarse, flotando en mutua dependencia y enlazados exclusivamente por las partes que se encuentran más próximas, producen una única y muy estimable armonía de la obra, pero a los espectadores no les permiten recrearse en alguno de ellos por mucho tiempo en su contemplación, sino que cada elemento atrae al ojo y lo dirige con suma facilidad hacia sí. El cambio repentino de la visión se produce constantemente, porque el espectador en modo alguno puede seleccionar aquel elemento que podría admirar más que todos los demás. Mas sin embargo, a pesar de que intentan dirigir su atención por todas partes y fruncen el entrecejo ante todos los elementos arquitectónicos, no son capaces de comprender la técnica artesanal, sino que constantemente se alejan del sitio impresionados por su incapacidad para la contemplación. Pues bien, estos son los hechos en este tema.

Con variadas técnicas artesanales el emperador Justiniano y el maestro constructor Antemio, juntamente con Isidoro, lograron que el templo, así suspendido en el aire, ofreciera seguridad. Todas las demás obras tuyas me es difícil saberlas, y expresarlas de palabra, imposible; tan sólo, en el momento presente, dejaré constancia de una sola con la que se podría testimoniar toda la importancia de la obra. En efecto, se trata de lo siguiente. Los resaltes que mencioné hace poco, no se han elaborado del mismo modo que las demás estructuras, sino de la siguiente manera: se ha proyectado en cuadrilátero la disposición de las piedras, duras por naturaleza pero han quedado lisas al trabajarlas y de corte angulado, bien porque fueran a ser elaboradas como salientes de los lados del resalte, ya porque, al ocupar el espacio intermedio, han quedado resueltas en rectángulos. Mas no las ajustó la cal que llaman *ásbesto*, ni el asfalto que es el orgullo de Semíramis en Babilonia ni ningún otro producto de este tipo, sino plomo vertido en los intersticios que se extiende por todas partes en los espacios intermedios, se funde en el ensamblaje de las piedras y las une entre sí. Esto es, por consiguiente, lo que se ha llevado a cabo al respecto. Pero vayamos a lo que queda del templo.

Toda la techumbre está cubierta de oro auténtico, con lo que une fama a la belleza; sin embargo, el brillo que se desprende de las piedras supera resplandeciente, en marcada oposición, al oro. Y a un lado y otro, hay dos pórticos de columnas, que no están separados por estructura alguna del templo, logrando una dimensión superior a su anchura y extendiéndose en distancia hasta el límite, pero en cuanto a altura se quedan muy por debajo. Y como techumbre tienen una bóveda y, en su decoración, oro. Uno de estos pórticos de columnas ha sido destinado a los fieles varones; el otro se reserva a las mujeres que practican la misma devoción. Comparativamente,

16 Son muchos los detalles y elementos técnicos arquitectónicos que se enumeran aquí, en la descripción de la estructura de Santa Sofía, como *λόφοι*, que hemos traducido por «resaltes» o «realces», *πεσσοί*, que viene a ser una explicación del término anterior, significando «contrafuertes» o «diques de sustentación» o *ἀψίδες*, que se vierte por «bóvedas» o «cúpulas» (v. notas precedentes 12, 13, 14 y 15). Éstos y otros términos que aquí se enumeran se recogen en un INDEX de nombres de la edición de *Los edificios* (texto griego y versión inglesa) de H. B. DEWING (v. IINTROD., pág. 23). Igualmente, esta obra ofrece un breve repertorio bibliográfico sobre arquitectura bizantina, en general, y sobre Santa Sofía, en particular, que se completa en un APPENDIX II, al final de la obra. De todos modos, el estudio y análisis de la arquitectura del mundo antiguo es un tema pendiente que debería resolverse mediante la elaboración de un manual, *corpus* o diccionario que recogiera la variedad de temas y, sobre todo de elementos y técnicas arquitectónicas. Hay, no obstante, un artículo importante sobre el tema, debido a G. DOWNEY, «Byzantine Architects: Their Training and Methods», *Byzantion*, XVIII 1946-48, págs. 99-118. Sí hay, en cambio, muchas obras (incluso en versión española, como la de R. KRAUTHEIMER, *Arquitectura paleocristiana y bizantina*, Madrid, 1997) sobre arte bizantino, destacándose también un monumental *Reallexikon zur byzantinischen Kunst*, Stuttgart 1966 y sigs, debido a A. HIERSEMANN, sin concluir aún.

no poseen nada que los diferencie, de algún modo, entre sí, pero también su propia igualdad redundante en belleza para el templo y su semejanza lo ornamental. Y ¿quién podría erigirse en intérprete de las galerías¹⁷ de la parte destinada a las mujeres o describir los numerosos pórticos de columnas y las naves, enmarcadas también por columnas, con que el templo se encuentra rodeado? Se podría pensar que se había encontrado la flor en un prado florido. Porque se puede uno admirar, sin duda, del color púrpura de unos, del verdor de otros, de aquellos en los que el color rojo resalta y de aquellos otros cuyo color blanco resplandece, incluso también puede uno admirarse, sin embargo, de aquellos en los que predomina una abigarrada gama de colores contrapuestos, tal como si la naturaleza fuera un pintor. Pero cada vez que se vaya a orar al templo, inmediatamente se da uno cuenta de que no es una obra modelada por el poder y técnica humana, sino por el influjo divino. Y la mente se eleva hacia Dios y se ensalza, estimando que Aquél, en cierto modo, no se encuentra lejos, sino que siente predilección por los parajes que eligió. Y no le ocurre esto solamente al que ve el templo por primera vez, sino esa misma impresión le produce a cada uno en sucesivas ocasiones, como si allí se tratara de un espectáculo siempre renovado. Nadie se sació jamás de su contemplación; al contrario, las personas que acuden al templo disfrutaban con lo que han visto y, al salir, se vanaglorian en las conversaciones que mantienen sobre él. Sin embargo, es imposible referir con un cálculo preciso la totalidad de joyas de este templo que ofreció aquí el emperador Justiniano: vasos de oro y plata y labores de piedras preciosas. Pero yo me permito justificarlo a mis lectores con un solo hecho. En efecto, el lugar del templo, especialmente sagrado y accesible únicamente a los sacerdotes, que denominan altar, contiene cuarenta mil libras de plata.

Pues bien, los distintos elementos de la iglesia de Constantinopla, a la que han acordado, por costumbre, denominar Grande, resumiendo y pensando hablar sin entrar en detalles y referir con las mínimas palabras lo más relevante de los hechos, de este modo fueron construidos por el emperador Justiniano. Y no la edificó solamente con dinero, sino también con un esforzado propósito y con otros valores del alma, como al punto demostraré. De las bóvedas, que hace poco mencioné (los constructores las llaman *loros*¹⁸) una sola que se encuentra al sol naciente, se había levantado ya por ambos lados, pero por el centro todavía no se había terminado del todo, sino que se esperaba aún. Y los contrafuertes sobre los que había surgido la estructura, no pudiendo soportar el volumen de lo que presionaba sobre ellos, iniciándose su rotura, de alguna manera, inopinadamente, parecía que no tardaría mucho en producirse su desmoronamiento. En consecuencia, Antemio e Isidoro se asustaron sobremedida por lo que estaba sucediendo y llevaron el asunto al emperador, llegando a perder la esperanza en sus conocimientos técnicos. Y el emperador al punto, movido por no sé qué (por Dios¹⁹, supongo, porque él no es un técnico) les ordenó cerrar esa bóveda hasta su culminación. «Porque», dijo, «al apoyarse en sí misma,

17 ὑπερῶα, en griego. El término está documentado en toda la historia de la lengua griega; en la épica y en jonio se refiere a la parte alta de una vivienda donde residían las mujeres. También podía aludir a una habitación o dependencia de una casa.

18 En griego, λῶροι. Existe también este término en latín, *loroi*. La significación es de «correas». En cierto modo, guardaría relación con lo que en nuestra lengua significa «tirantes», como término arquitectónico, en el sentido de que la cúpula contiene la tensión entre dos elementos, que es la misión que desempeñan los «tirantes» en la construcción, aunque sean de madera o hierro, no de fábrica.

19 Otra llamada de atención al providencialismo.

no necesitará ya de soportes por debajo»²⁰. Y si el relato careciera de valor testimonial, bien sé que habría dado la impresión de ser un adulator y una persona carente de credibilidad, pero como están presentes muchos testigos de los hechos que se han llevado a cabo hasta el momento actual, no debemos vacilar en encaminarnos a la exposición del resto del relato. Pues bien, los artesanos hicieron lo que se les había ordenado y la bóveda entera se levantó sobre una base segura, sellando empíricamente la autenticidad de su idea. Por consiguiente, así quedó resuelta la ejecución de esta bóveda; en cuanto a las demás que están orientadas a mediodía y norte, sucedió que tuvo lugar lo siguiente. Los llamados *loros* se hallaban suspendidos, sosteniendo la estructura del templo, pero toda la parte baja se había resentido abrumada por su peso, y las columnas que allí había desprendían pequeñas capas de revoque, como si estuvieran siendo rascadas. Y al punto los constructores, descorazonados por lo que había sucedido, le comunicaron al emperador la problemática que se les presentaba. Y de nuevo el emperador adoptó al respecto las siguientes medidas técnicas. Las partes extremas (de aquéllos elementos que estaban arruinados) que contactaban con las bóvedas, ordenó inmediatamente que las retiraran, y que mucho después las volvieran a poner, una vez que especialmente la humedad de la estructura hubiera cesado en aquéllas²¹. Actuaron de acuerdo con estas prescripciones, y en lo sucesivo el edificio se mantuvo seguro. Y el emperador se tiene, en cierto modo, por una especie de testimonio de la obra.

II. Se daba la circunstancia de que delante del Senado se encontraba una plaza, a la que los de Bizancio llaman mercado de Augusto. Allí se habían llevado a cabo unas composiciones de piedras en número no inferior a siete, en forma rectangular, que se ajustan todas ellas en sus extremos, pero cada una se reduce y es inferior a la que se encuentra debajo de tal modo, que cada una de las piedras se convierte, por su resalte, en un peldaño eminente, y las personas que se reúnen en la plaza se sientan sobre aquéllas como si de unas gradas se tratase. Y en lo alto de las piedras se levanta una columna de extraordinario tamaño; sin embargo, no se trata de un monolito, sino que está compuesta de piedras de gran tamaño de forma circular, cortadas en ángulo, pero ensambladas entre sí por la maestría de los canteros. Y el cobre de la mejor calidad, vertido en paneles y guirnaldas, recubre las piedras por todas partes, sujetándolas firmemente y cubriéndolas con ornato, imitando la forma de una columna, en lo que respecta al fuste, y, muy especialmente, en lo que atañe a la basa y al capitel. El cobre en cuestión, de color, es más apagado que el oro puro, pero, en lo que respecta a su valor, no le falta mucho para equipararse a la plata. En lo alto de la columna, se halla un enorme caballo de bronce, orientado a levante, espectáculo de mucha consideración. Tiene el aspecto de caminar y avanzar brillantemente al frente. En efecto, levanta su pata izquierda delantera, como si fuera a avanzar sobre la tierra que tiene delante, y la otra queda apoyada sobre la piedra que la soporta, como si fuera a seguir la marcha; en cambio, las patas traseras las tiene tan juntas que se encuentran dispuestas en el momento en que se proponga moverse. Este caballo lo monta una estatua de

20 H. B. DEWING (pág. 31 de su edic.; vid, *supra*, n. 16) apunta certeramente la incongruencia del uso, en este caso, del término *πεσσοί*, porque se supone que sería necesario, como sustentación, al comienzo de levantar la cúpula, pero no cuando ya está completada. Aquí se ve claramente que estos elementos arquitectónicos son una especie de «soportes» o de «apoyos».

21 No está muy claro el relato de Procopio. Parece simplemente que las bóvedas se apoyaron sobre muros y galerías, en sus partes laterales, pero necesitaron de apoyos para levantarlas, por no ser suficiente la sustentación que aquellos elementos ofrecían.

bronce del emperador de proporciones colosales, y está vestida como Aquiles²², pues así dicen de la ropa que lleva puesta: calza botas de media caña y las piernas van sin grebas; además, se cubre con coraza al modo de los héroes y un casco le protege su cabeza dando la sensación de que se agita, y un brillante resplandor se desprende de él. En términos poéticos, se podría decir que es la estrella del otoño²³. Mira a levante y las riendas las dirige contra los persas, según creo; en la mano izquierda, lleva un globo, dando a entender el escultor que la tierra y el mar por entero le están sometidos, pero no tiene espada ni lanza ni ninguna otra arma, sino una cruz que descansa sobre el globo, a través del cual se ha procurado el Imperio y la victoria en la guerra²⁴. Y al extender su mano derecha hacia el sol naciente y estirar los dedos, ordena a los bárbaros de aquella zona que se queden en su patria y no se alejen. Pues bien, poco más o menos, así son estos hechos.

La iglesia denominada [santa] Irene, que se halla contigua a la Gran Iglesia y tiempo atrás se había incendiado con ella, la levantó el emperador Justiniano de gran tamaño, con lo que, en cierto modo, fue sin duda el segundo de todos los templos de Bizancio después de el de [santa] Sofía. Había precisamente, en medio de estas dos iglesias, una hospedería²⁵ dedicada a las personas con escasez de recursos y que padecían enfermedades graves, esto es, que estuvieran mermados, además de en su hacienda, en su salud. Un varón piadoso, de nombre Sansón, la había construido en épocas pasadas, pero no se mantuvo indemne ante los alborotadores, sino que desapareció al incendiarse con ambas iglesias. Pero el emperador Justiniano la restauró, dejándola muy estimable por la belleza de su estructura y muy grande con mucho por el número de sus dependencias. Y se la dejó dotada con una subvención de grandes recursos anuales, a fin de que las dolencias de la gran masa de hombres menesterosos sanaran para siempre. Pero no manifestando en modo alguno hastío o cansancio en el honor debido a Dios, fundó otras dos hospederías²⁶ en las llamadas casas de Isidoro y Arcadio situadas frente a aquella, colaborando la emperatriz Teodora con él en esta tarea tan sagrada. En todos los demás santuarios que el emperador ofreció a Cristo, en número y en importancia es tal su cantidad, que es imposible dar detalles a propósito de ellos. Porque ni siquiera mi facultad de expresión, ni toda la vida, me bastaría para enumerarlos elaborando un catálogo y ajustándome al nombre de cada uno de ellos. Para mí, será suficiente lo que he dicho hasta este punto.

22 Es la traducción de ἔσταλται δὲ Ἀχιλλεὺς ἢ εἰκόν, que ha planteado el problema de si Procopio quiere decir que va «vestido como Aquiles» o que tiene «el aspecto de Aquiles». Un dibujo de la estatua, cuando todavía existía en el siglo sexto, hecho por encargo del viajero Ciriaco de Ancona, se conserva en Budapest, y fue publicado por G. RODENWALDT en *Archäologischer Anzeiger* 1931, págs. 331-334.

23 Sirio.

24 Es el símbolo del guerrero cristiano.

25 Se trata, como se ve, de mitad hospicio, mitad hospital, para indigentes. El término, en griego, es ξενών y es un tanto curioso que, en su origen, esta institución se hubiera establecido por iniciativa privada. En la época de Justiniano estas instituciones de caridad estaban tuteladas por la Iglesia. Fue, en cierto modo, una delegación de funciones asistenciales que el Estado hizo a favor de la Iglesia, acompañándola, por supuesto, de medidas económicas que la favorecerían, como se dice expresamente más abajo. Esto se refleja, sobre todo, en la legislación de las *Novellae*, promulgada a partir del año 535. En cuanto a las funciones que desempeñaban estos establecimientos, sólo al final del reinado de Justiniano se aclaran algunos términos griegos con glosas latinas, en el *Iuliani Epitome latina Novellarum Iustiniani*, Leipzig 1873 (edic. de G. Haenel), mediante las cuales se especifican los que eran centros asistenciales para indigentes (*ptochotrophia*), los que hacían la función de hospederías u hospitales (*xenodochia*) y los que, propiamente, sólo eran hospitales (*nosocomia*). Para una documentación más amplia, consúltese GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, págs. 97-103.

26 Se trata también de ξενῶνες, como la anterior de Sansón.

III. Hay que empezar ya por los templos de María, la Madre de Dios. Porque esto, sabemos también, es deseo expreso del propio emperador, y la auténtica razón claramente la expone: que de Dios hay que encaminarse a su madre. El emperador Justiniano levantó muchas iglesias en honor de la Madre de Dios por todos los lugares del Imperio romano, tan lujosas, grandiosas, y construidas con tan generosa cantidad de dinero, que si se contempla en sí una sola de ellas, se podía pensar que éste era el único trabajo que había llevado a cabo el emperador y que, ocupándose en él, había consumido todo el tiempo de su reinado. Pero ahora, como dije, describiré los santuarios de Bizancio. Construyó un templo de la Madre de Dios fuera del recinto fortificado, en el lugar llamado Blaquernas²⁷; en verdad, también se le deben asignar al emperador las obras llevadas a cabo por su tío Justino, pues había participado en la administración del gobierno de éste con plenos poderes. El templo está junto al mar, es muy sagrado y venerable, oblongo, pero de ancho es de una dimensión proporcionada, y tanto por arriba como por abajo sólo se sostiene por secciones de mármol pario que se encuentran ahí a modo de columnas. Y en lo que respecta a las demás partes del templo, las columnas están en línea recta pero, en el centro, se retranquean. Y especialmente, al encontrarse en el interior de este templo, se puede uno admirar, cuando la contempla, de la enorme mole que se ha levantado sin dar la sensación de inseguridad, y de la magnificencia exenta de vulgaridad.

Otro templo dedicó a la Virgen en el lugar llamado Pegué²⁸. Hay allí un frondoso bosque de cipreses, un prado cubierto de flores en medio de blandas tierras, un parque con abundancia de bellas plantas y una fuente que mana, silenciosamente, mansa agua potable; todo ello bastante adecuado a un lugar sagrado. Esto es, pues, lo que corresponde al lugar que comprende el recinto sagrado. Pero el templo en sí no es fácil concebirlo con denominaciones apropiadas, ni diseñarlo mentalmente ni tampoco manifestarlo con susurrante voz. Tan sólo bastará decir que supera en mucho a los santuarios, tanto en belleza como en tamaño. Estos dos templos se han levantado delante de la muralla de la ciudad: uno, en el punto en que ésta se inicia junto a la orilla del mar; el otro, muy próximo a las llamadas Puertas Áureas, que resulta se encuentran cerca del límite de la fortificación, a fin de que ambos sirvan de bastión inexpugnable al recinto de la ciudad²⁹. Todavía, sin embargo, en el Hereo, que ahora llaman Hierón, levantó un templo en honor de la Madre de Dios que no es fácil describir.

En la parte de la ciudad que se llama Déutero erigió un santuario altamente sagrado y admirable en honor de Santa Ana³⁰, que algunos creen que ha sido la madre de la Virgen y la abuela de Cristo. Pues Dios que se hizo hombre como quería, soporta su inclusión en una tercera generación y, por conducto de su madre, fija su genealogía de un modo semejante al género humano. Y no lejos de este templo, junto a la última calle de la ciudad, construyó un santuario bastante solemne a la mártir Zoe.

Encontró un santuario del arcángel Miguel, en Bizancio, pequeño y poco iluminado y, en modo alguno, apropiado para ofrendárselo al arcángel; en una etapa anterior, se había levantado a expensas de cierto patricio senador, semejante a un diminuto dormitorio de una vivienda, totalmente sencilla y propia de una persona no muy próspera. Por ello, naturalmente, lo derribó

27 En la parte oeste, dentro del recinto amurallado, limitando con el famoso Cuerno de Oro.

28 Al oeste de la ciudad, fuera del recinto amurallado. Moderna Balukli.

29 Según los planos que recomponen los antiguos lugares de Constantinopla, este templo ni está cerca del mar ni de las Puertas Áureas.

30 Dentro del recinto amurallado, frente al templo de Pegué. El lugar se llama Déutero («segundo») por encontrarse allí la segunda columna miliaria, partiendo del centro original de la ciudad.

hasta la base de sus cimientos, para que no quedaran huellas de su anterior fealdad; lo construyó grandioso, con la traza que se ve hoy y lo transformó en la admirable belleza que es. En efecto, se trata de un templo rectangular, en el que el largo no parece que supere en mucho al ancho. Y en el extremo del lado que da al sol naciente, a una y otra parte, se levanta un grueso muro con abundantes piedras ajustadas, pero en el centro se retranquea para dejar un hueco. Y a cada lado de la oquedad, unas columnas, de variados y naturales colores, sustentan el templo; y la pared opuesta, orientada más o menos a poniente, se escinde por las puertas de acceso al templo.

IV. La fe en los Apóstoles de Cristo queda evidenciada de la siguiente manera. En primer lugar, a Pedro y Pablo les construyó un templo, inexistente anteriormente en Bizancio, junto al palacio imperial que antiguamente se llamaba Hormisdas³¹. Había procurado que aquella su residencia privada pareciera que era un palacio y que sobresalía por la magnificencia de su estructura, y la sumó al resto de las mansiones reales, una vez que se erigió en emperador de los romanos. Precisamente también en este sitio³² construyó otro santuario a los famosos santos Sergio y Baco, y junto a éste, en posición oblicua, también levantó otro templo. Y, por ello, estos dos templos no se encuentran frente a frente, sino que se hallan entre sí en ángulo, aunque estén juntos y rivalicen entre sí, y tengan entradas comunes; mantienen también aspectos idénticos en todo lo demás y, en concreto, los recintos que los rodean, y ninguno respecto al otro se muestra superior o inferior en belleza, tamaño o alguna otra cosa. Igualmente, por el brillo de sus piedras, cada uno supera al sol en resplandor, y del mismo modo también está recargado por doquier por la abundancia de oro y rebosa de ofrendas. En una sola cosa, no obstante, se diferencian: el eje longitudinal de uno de ellos se ha trazado recto, mientras que en el otro templo las columnas, en su mayor parte, se alzan en semicírculo. En los pórticos tienen una sola galería de columnas, que recibe la denominación de *nartex* por ser considerablemente larga, y tienen totalmente sus atrios en común, al igual que un patio, y las puertas de acceso a éste, y también guardan su semejanza en el hecho de pertenecer a las dependencias reales. De este modo acontece que estos dos templos son admirables, de tal modo que resultan ser un ornato de la ciudad entera, en no menor medida que lo es el palacio imperial.

Después, en su extraordinario respeto por todos los apóstoles, hizo lo siguiente. Había en Bizancio un templo dedicado a todos los apóstoles desde antiguo, que ya estaba cuarteado por el paso del tiempo e infundía la sospecha de que ya no se mantendría en pie. El emperador Justiniano lo derribó por entero y, con su esfuerzo, no sólo pudo restaurarlo, sino también dejarlo muy valioso por su grandiosidad y belleza³³. Llevó a cabo su esfuerzo de la siguiente manera. Se trazaron dos líneas rectas que se encontraban en el centro en forma de cruz: una se orientaba a levante y poniente; la otra, oblicua a aquella, orientada a norte y sur. En el exterior, se encuentran limitadas por paredes en todos sus lados; en cambio, en el interior, están definidas por hileras de columnas que se mantienen unas sobre otras. Y en la intersección de las dos líneas, que sería, propiamente, en su parte media, se ha fijado un espacio que no puede ser transitado por los que no están iniciados en los misterios; a éste, como es lógico, le llaman «el santuario». Por uno y otro lado, los flancos de este recinto, que se extiende entre la línea oblicua, resultan ser idénticos entre sí; sin embargo, el flanco que se extiende a poniente se ha proyectado mayor que el otro para adoptar la forma de cruz. La parte de la techumbre que se alza sobre el llamado

31 Hace referencia el nombre a un príncipe persa fugitivo, asesor importante del emperador Constancio

32 Precisamente, entre el palacio de Hormisdas y el llamado Puerto de Juliano.

33 El templo que se describe a continuación es muy parecido al de San Juan de Éfeso, como refiere el propio Procopio más abajo, en V, I, pág. 97.

santuario se ha realizado de un modo parecido al del templo de Sofía, por lo menos en su parte central, excepción hecha de que ésta resulta ser inferior a aquélla en tamaño. Las cuatro bóvedas existentes se levantan y se unen entre sí del mismo modo y el tambor circular que se levanta está aligerado por ventanas, y la cúpula con arcadas parece, en cierto modo, elevarse a lo alto por el aire y no mantenerse fija sobre una construcción sólida, aunque esté bien segura. Así, pues, la parte central de la techumbre se ha realizado de esta manera. En cuanto a los cuatro flancos existentes, que he dicho, se ha mantenido la elevación por el centro del mismo modo, con la única excepción ciertamente de que la edificación no se encuentra aliviada por debajo de la cúpula por ventanas. Y una vez que este templo fue edificado por él, a todo el mundo manifestaron los apóstoles su gozo por el honor que les había dispensado el emperador y la gloriosa satisfacción que plenamente en ello sentían. En todo caso, los cuerpos de los apóstoles Andrés, Lucas y Timoteo que no se habían visto anteriormente y estaban totalmente ocultos se hicieron visibles a todos en aquel momento, no porque desdeñaran, creo yo, la fe del emperador, sino porque, en términos precisos, le permitían con su contemplación, acercamiento y tacto disfrutar de su ayuda y de la seguridad de su vida. Y ello se conoció de este modo.

El emperador Constancio³⁴ construyó este templo para honor y nombre de los apóstoles, ordenando que allí se situaran las tumbas para él y los emperadores que le sucedieran, y no sólo para los monarcas, sino también para sus esposas igualmente; esta costumbre se conserva hasta el presente. Por supuesto, también enterró allí el cuerpo de su padre Constantino. Pero los cuerpos de los apóstoles no dieron indicio alguno de que se encontraban allí, ni en el lugar apareció espacio alguno que pareciera desvelar los sagrados cuerpos. Pero ahora, al restaurar el emperador Justiniano este templo, los obreros excavaron toda la cimentación, para que no quedara en ella deficiencia alguna. Y allí contemplaron los tres féretros de madera, en cierto modo descuidados, demostrando con las inscripciones que sobre ellas había que eran realmente los restos de los apóstoles Andrés, Lucas y Timoteo. Y el propio emperador y todos los cristianos los vieron con sumo agrado y, habiéndoles preparado una procesión y una fiesta, y tributándoles en sus honor los ritos acostumbrados, cubrieron las tumbas y de nuevo las ocultaron en la tierra, no dejando el lugar sin señalar ni solitario, antes bien, lo dejaron piadosamente consagrado a los cuerpos de los apóstoles. Y es manifiesto que, como he dicho, en compensación por el honor que el emperador les había otorgado, estos apóstoles se aparecieron a los hombres en este momento. Al ser el emperador piadoso, los temas divinos no desdeñan los asuntos humanos, sino que tienden gustosamente a mezclarse y a relacionarse con los hombres.

¿Y quién podría silenciar el templo de Acacio?³⁵ Estaba totalmente en ruinas, lo derribó y lo reconstruyó desde sus cimientos, y quedó erigido hasta un maravilloso tamaño. Por todas partes se alza con columnas de extraordinaria blancura y la solería es de una piedra parecida, cuyo fulgor resplandece tan intensamente que ofrece la impresión de que todo el templo está cubierto de nieve. Delante de él se levantan dos pórticos: uno de ellos se, encara a una columnata; el otro da acceso a una plaza. Casi se me ha pasado por alto hablar del santuario de un mártir, consagrado a San Platón, construcción verdaderamente sacrosanta y venerable en alto grado que no está lejos de la plaza que lleva el nombre del emperador Constantino; también del templo consagrado al mártir Mocio, ante el cual todos los demás templos son inferiores en tamaño. Igualmente, de

34 Otros autores, como Eusebio, sostienen que la construyó Constantino el Grande. Lo más probable es que fue iniciada por éste y terminada por su hijo.

35 Acacio fue un centurión de Capadocia, martirizado en Bizancio en tiempos del emperador Maximiano.

la tumba del mártir Tirso, del santuario de San Teodoro, situado fuera de la ciudad, en el lugar llamado Resio; del templo de la mártir Tecla, que se halla junto al puerto de la ciudad, que lleva casualmente el nombre de Juliano, y del de Santa Teodota, en el barrio llamado Hébdomo³⁶. Todos estos los construyó desde sus cimientos este emperador nuestro, durante el reinado de su tío Justino, y no es fácil describirlos con palabras y no es posible admirarse de ellos en su justa valía con su contemplación. Pero el templo de San Agotónico monopoliza mi relato y me obliga, aun sin tener voz ni palabras a ajustarme a los hechos. Porque me contentaré con hablar hasta este punto, y dejo expresar su belleza y su magnificencia en general a otros que puedan tener un verbo pujante y que, en modo alguno, esté agotado.

V. También encontró otros santuarios en el llamado Anaplo³⁷ y en la parte continental enfrente que no se hallaban en situación decorosa para ser consagrados a alguno de los santos, incluso también en el contorno del golfo que los lugareños llaman Ceras³⁸, en honor de Ceres, la madre de Bizante, el fundador de la ciudad. Y en todos ellos ha dejado patente una magnificencia concorde con el emperador, como al punto mostraré, una vez que haya explicado previamente cómo el mar adorna a Bizancio.

Aparte de otras ventajas del lugar, también el mar encierra belleza, sobre todo en su entorno, cuando forma un golfo, se encauza en pasos estrechos y desemboca en una masa extensa de agua, haciendo de este modo excepcionalmente bella a la ciudad y ofreciéndole tranquilo abrigo de los puertos a los navegantes, lo que contribuye a un sistema de vida próspero y a una beneficiosa utilidad. Pues los dos mares que hay en torno a la ciudad, el Egeo y el llamado Ponto Euxino, coinciden al este de la ciudad, y al entrecuchar sus olas y forzar en ese punto la tierra firme con su acometida, embellecen la ciudad con su acción envolvente. Tres canales, en efecto, la circundan comunicándose entre sí y dándole ornato y provecho; todos ellos resultan muy agradables para navegar, concitan sobre sí las miradas y ofrecen unos fondeaderos muy cómodos. Uno de ellos³⁹, el central, procede del Ponto Euxino y discurre directamente hacia la ciudad, como si fuera a engalanarla, y se queda emplazado sobre cada una de las dos zonas continentales. Y por sus orillas se ve agobiado, se agita y parece enorgullecerse, porque se acerca a la ciudad cabalgando sobre Asia y sobre Europa. Se podría creer que se estaba contemplando un río que avanzaba con plácida corriente. El otro, que se encuentra a su izquierda⁴⁰, se ve limitado por las orillas de uno y otro lado en una gran distancia, dejando ver bosques, bellos prados y otros aspectos de la tierra de enfrente que se exponen a la contemplación de la ciudad. A partir de ahí se ensancha, siendo despedido de la ciudad hacia el sur y llevándose la costa de Asia muy lejos de ella. Pero también el estruendo del oleaje continúa, como si envolviera a la ciudad, hasta la línea del occidente, poco más o menos. El tercer canal⁴¹, que se bifurca del primero por la derecha, empezando en las llamadas Sices⁴², discurre por un trecho muy grande a lo largo de la zona norte de la ciudad y acaba en el golfo que fija su fin. De este modo, pues, el mar circunda la ciudad; a continuación, el territorio de la ciudad, en lo que resta de espacio,

36 Porque correspondía al lugar donde se encontraba la séptima columna miliaria. V., *supra*, n. 29. Actualmente, Macriköy.

37 En la orilla europea; Arnavutköy, actualmente, barrio de Estambul.

38 Actualmente, se le conoce como el Cuerno (κέρας, en griego) de Oro.

39 El Bósforo.

40 Evidentemente, se trata del Mar de Mármara que baña la costa este de la ciudad.

41 El Cuerno de Oro, En sentido estricto, se trataría solamente de dos canales, éste y el Bósforo.

42 σικαί, en griego; «higueras», en español. Barrio de Constantinopla; hoy, Galata.

comprende el terreno intermedio de un tamaño suficiente como para cerrar sólidamente ahí la guirnalda que se forma desde el mar. Este golfo se mantiene siempre tranquilo y su disposición natural nunca propende a agitarse, como si ahí hubiera unos límites fijados al oleaje y toda marejada de la zona estuviera excluida en honor de la ciudad. Y en el invierno cuando, casualmente, sobrevienen fuertes vendavales sobre la superficie del mar y sobre el estrecho, cada vez que las naves llegan a la entrada del golfo, prosiguen sin piloto el resto del trayecto y echan el ancla sin tomar ninguna precaución. El perímetro del golfo comprende una longitud de más de cuarenta estadios y, por doquier, en su totalidad sirve de fondeadero. De manera que, naturalmente, cuando una nave fondea allí, la popa se alza sobre el mar mientras que la proa se fija en tierra, como si estos dos elementos disputaran entre sí para determinar cuál de ellos podía prestar mejor ayuda a la ciudad.

VI. Tales son, pues, las características de este golfo. Y el emperador Justiniano, que embelleció su entorno con edificaciones, lo ha hecho mucho más distinguido. En efecto, el templo del mártir San Lorenzo, en la margen izquierda del golfo, que anteriormente no recibía un rayo de luz y, sencillamente, se halla sumido en tinieblas, lo transformó y, para decirlo brevemente, lo consagró en el estado que ahora se ve. Y frente a éste, en el lugar llamado Blaquernas, construyó el templo de la Virgen que hace poco he descrito. Más allá, edificó un templo a los santos Prisco y Nicolás, habiendo efectuado personalmente su restauración en el lugar donde precisamente los bizantinos gustan detenerse largamente, reverenciando y honrando a los santos que se han hecho residentes entre ellos y disfrutan, en cierto modo, del encanto del recinto, ya que el emperador, poniendo freno al fragor del mar, fijó los cimientos a una gran distancia, superando al oleaje cuando erigió el templo.

Y en el límite del golfo, en una parte escarpada y muy empinada⁴³, hay un santuario consagrado desde antiguo a los santos Cosme y Damián. Precisamente, al propio emperador, en una ocasión en que había caído gravemente enfermo y tenía el aspecto de que iba a morir (estaba desahuciado por los médicos, como si se encontrara ya realmente entre los muertos), estos santos se le hicieron visibles y lo salvaron en contra de lo que se esperaba y en contra de toda lógica, dejándolo restablecido⁴⁴. Él les correspondió, naturalmente, con la benevolencia que atañe al menos a los humanos, al cambiar y reformar por entero la anterior edificación que era fea e infame, e indigna de ofrendarse a tales santos; dio lustre al templo con su embellecimiento, con su grandiosidad y con la brillantez de la luz, y le ofrendó otros muchos dones que antes no existían. Y siempre que algunas personas contraen enfermedades que superan la capacidad de los médicos, renuncian a la ayuda humana y recurren a la única esperanza que les queda, se embarcan y navegan a través del golfo hasta este templo. Y en el momento en que entran en la bocana del golfo, divisan inmediatamente el templo que, como si en una acrópolis se encontrara, se enorgullece de la benevolencia del emperador y les ofrece disfrutar de la esperanza que de él deriva.

Al otro lado del golfo, construyó un santuario que no existía antes, justamente en la misma orilla, y lo ofrendó al mártir Antimo. Los cimientos del templo que están bañados por el suave flujo del mar poseen un encanto agradable. El oleaje, además, que no se produce con estrépito, rompe en las piedras de aquella parte, y no resuenan las olas estruendosamente, cual las del mar,

43 Moderno Eyoub.

44 Una vez más se ve la intervención divina, sin que se observe (no lo parece, ciertamente) ironía en la descripción que del hecho nos hace Procopio. (v. INTROD., pág. 14).

y se escinden y dividen en apariencias espumosas, pero progresan mansamente y, en su natural silencioso, tocan la tierra y sin más se retiran. Y desde ese punto se extiende un patio llano y muy liso engalanado por todas partes con mármoles y con columnas y embellecido por la vista que da al mar. A continuación, un pórtico y su iglesia que se alza, dentro, de forma rectangular hacia lo alto, embellecida por la calidad de sus piedras y el oro que en ellas se ha vertido. Y su longitud supera el ancho tan sólo en el inmaculado espacio en que se extiende el templo, donde se pueden celebrar los sagrados misterios, por el lado que está orientado a levante. Así son, pues, estos hechos.

VII. Más allá, concretamente en la misma bocana del golfo, se construyó la iglesia de la mártir Irene. Ésta fue edificada por entero por el emperador de un modo tan grandioso que no podría yo expresarlo suficientemente. En efecto, rivalizando con el mar en conseguir belleza en torno al golfo, levantó estos templos como el ornato de un collar envolvente. Pero dado que hice mención de esta iglesia de Irene, no estará fuera de lugar que yo deje escrito, en este punto, lo que aconteció allí. Aquí estaban enterrados desde hacía tiempo restos de santos varones en un número no inferior a cuarenta. Se daba la circunstancia de que eran soldados romanos pertenecientes a la legión duodécima, que antaño había estado de guarnición en la ciudad de Melitene, en Armenia. Pues bien, cuando los operarios estaban excavando, donde hace poco mencioné, encontraron un cofre que indicaba, por medio de una inscripción, que contenía precisamente los restos de aquellos hombres. Y Dios lo sacó a la luz, siendo así que hasta entonces había permanecido oculto adrede, por asegurar a todos, por un lado, que había aceptado los regalos del emperador con mucha satisfacción y, por otro, por pretender compensar la buena acción de un humano con un agradecimiento mucho mayor. Porque daba la casualidad de que el emperador Justiniano sufría una grave dolencia física, ya que una fuerte afección de reuma, que le había afectado a la rodilla, motivaba que se resintiera de dolores; y de ello precisamente el mayor responsable era él mismo. Porque durante todos los días que preceden a la festividad de la Pascua, y se denominan de ayuno, llevó un severo régimen de vida que era no ya impropio de un emperador, sino incluso de cualquier ciudadano que, en cierto modo, se dedicara a asuntos de estado⁴⁵. En efecto, durante dos días se pasaba enteramente sin comer y, además de eso, se levantaba del lecho constantemente en plena madrugada y velaba por el estado, porque manejaba sus asuntos, de obra y de palabra, por la mañana temprano, por el mediodía e igualmente por la noche. Pues aunque se fuera al lecho muy avanzada la noche, inmediatamente se levantaba de golpe, como si se encontrara mal en la cama. Y cuando tomaba comida, se abstenía del vino, del pan y de otros alimentos y sólo comía yerbas y en concreto las de naturaleza silvestre aderezadas, con reserva de cierto tiempo, con sal y vinagre, y su única bebida era el agua. Sin embargo, jamás se saciaba con esta alimentación, sino que cada vez que tomaba la comida, probaba esos alimentos suyos y los dejaba sin haber comido lo suficiente. Pues bien, como consecuencia de ello, el dolor en toda su plenitud superó la atención que le dispensaban los médicos, y durante una larga temporada el emperador se vio afligido por estos sufrimientos. Entre tanto, oyó hablar de los restos que habían salido a la luz y, renunciando a la ciencia humana, confió su problema a aquéllos, tratando de recuperar la salud por la fe que depositaba en ellos, y en esta necesidad

45 Este carácter, ascético, disciplinado y piadoso, le ha llevado a H. W. HAUSSIG, en su obra *Kulturgeschichte von Byzanz*, Stuttgart 1966, pág. 156, a compararlo con nuestro monarca Felipe II: «Justiniano era de compleción débil, no era un caudillo militar, más bien un pensador, habilidoso como teólogo, un hombre de estado y jurista, y, en muchos aspectos, semejante a Felipe II de España».

tan extrema se benefició de una creencia verdadera. En efecto, los sacerdotes colocaron el relicario sobre la rodilla del emperador e inmediatamente el dolor desapareció, obligado por los cuerpos de los hombres que habían servido a Dios. Y éste no admitiendo que aquello fuera un hecho sujeto a disputa, dejaba como muestra una gran prueba de lo realizado. Pues el aceite que repentinamente manaba de aquellos restos sagrados, rebosó el cofre y se derramó sobre los pies y por todo el vestido del emperador, que era de púrpura. Por ello, la túnica que estaba tan empapada se conserva en palacio, por un lado, como testimonio de lo que había ocurrido en ese momento y, por otro, como salúífero recurso para aquéllos que, en un futuro, contrajeran dolencias que resultaran insoportables.

VIII. Así, pues, fue diseñado por el emperador Justiniano el golfo llamado El Cuerno. Y las riberas de los otros dos estrechos que mencioné recientemente las cubrió de construcciones para conseguir una gran belleza, de la siguiente manera. Se daba la circunstancia de que había dos templos consagrados al arcángel Miguel, situados el uno frente al otro, a cada lado del estrecho: el uno, en el lugar llamado Anaplo⁴⁶, a la izquierda, según se entra en el Ponto Euxino; el otro, en la costa de enfrente. Los hombres de antaño llamaban a esta parte de la costa Prooctos, porque, supongo, se proyecta en una gran extensión a partir de la orilla aquella⁴⁷; ahora se denomina Brocos, porque la ignorancia de los habitantes de la zona ha borrado sus denominaciones a causa del transcurso del tiempo. Y viendo sus sacerdotes que estos dos templos estaban muy deteriorados por el tiempo, les entró el temor de que en cualquier momento se les vinieran abajo y pidieron al emperador que reconstruyera ambos conservando la estructura que anteriormente tenían. Pues no era posible que, durante el reinado de este emperador, una iglesia se construyera de primeras o bien que una que estuviera en ruinas se restaurara, salvo que se contara con los fondos imperiales, no sólo en Bizancio, sino incluso en cualquier parte del imperio romano⁴⁸. Y el emperador al punto encontró ese pretexto y derribó cada uno de estos templos hasta sus cimientos, para que no quedara vestigio alguno de su anterior fealdad. Reconstruyó el templo de Anaplo de la siguiente manera: por medio de un dique de rocas le dio una forma curva hacia adentro, a la costa de aquella parte, hasta lograr un abrigado puerto, y la orilla del mar la transformó en un mercado. Pues el mar, que allí es muy tranquilo, facilita el comercio con el territorio. Los que ejercen el comercio marítimo fondean con sus barcas junto al dique de rocas e intercambian desde los puentes sus mercancías con los productos del lugar. Tras este mercado costero, un patio se extiende delante del templo y, en cuanto al color, este patio se asemeja a bellos mármoles y a la nieve. Y quienes pasean por aquí se recrean en la belleza de las piedras y gozan de la vista del mar y disfrutan de las brisas suaves que provienen del oleaje y de las cimas que se alzan en el territorio. Un pórtico circular rodea el templo, excepción hecha tan sólo de la parte que da a levante. En el centro, el templo se engalana con los innumerables colores de sus

46 Ya mencionado. V., *supra*, n. 34.

47 Prácticamente, se explica con estas palabras el sentido de Prooctos, que viene a significar «costa» u «orilla que se extiende».

48 En líneas generales, Justiniano había heredado de su tío Justino I (518-527) un estado económicamente fuerte, gracias a los buenos resultados financieros del antecesor de éste, Anastasio (491-518). Las finanzas del estado todavía, hasta la última fase de la campaña de Italia al menos, le permitían a Justiniano atender sus proyectos de construcción y reconstrucción. Como dice el texto, era imposible llevar a cabo esto «salvo que se contara con los fondos imperiales». En cuanto a expresión «en cualquier parte del Imperio romano», se confirma lo que ya hemos expuesto (*supra*, n. 10, INTROD., pág. 10) sobre la concepción territorial de Imperio romano y su universalidad. Al menos, esa es la filosofía imperante en la política de Justiniano.

piedras, y una cubierta se alza en lo alto en forma de cúpula. Y ¿cómo se podría, al describirlos del modo que se merece la obra, hablar de los elevados pórticos, de los apartados edificios, del encanto de los mármoles, de los que paredes y suelos por doquier están revestidos?. Además de éstos, una excesiva cantidad de oro se ha extendido en todas las partes del templo, como si de un hecho natural en él se tratara. Semejantes consideraciones pongo de manifiesto también al hablar del santuario de Juan el Bautista que poco ha levantó en su honor el emperador Justiniano en el llamado Hebdomo⁴⁹. Pues ambos templos resultan ser muy semejantes entre sí, aunque ciertamente acontece que el del Bautista no está junto al mar.

Pues bien, el templo del Arcángel se ha construido en el llamado Anaplo de esa manera. Y en la costa opuesta, se encuentra un lugar un poco alejado del mar, de naturaleza llano, pero levantado en alto por su estructura pétreo. Allí se ha construido el otro santuario del Arcángel Miguel, extraordinario por su belleza, el primero por su tamaño y también, por su magnificencia, adecuado, por un lado, para ser ofrendado al Arcángel Miguel y, por otro, para ofrendarlo el emperador Justiniano. No muy lejos de este templo, restauró del mismo modo un piadoso santuario, dedicado a la Madre de Dios, que se había deteriorado hacía mucho tiempo, cuya suntuosidad es un gran tema para examinarlo y expresarlo de palabra. Pero continúa la parte, por mucho tiempo esperada, de mi narración.

IX. Sobre esta costa también se encuentran casualmente desde antaño un palacio digno de verse. Por entero, el emperador Justiniano lo consagró a Dios, intercambiando el disfrute del momento por el fruto de la piedad que se derivaba de ello, de la siguiente manera. Había en Bizancio un grupo de mujeres libertinas en un burdel, no por su voluntad, sino por una forzada lujuria. Porque en una situación de extrema pobreza, y mantenidas por un rufián, se las obligaba constantemente, y sin excluir a ninguna, a llevar una vida desenfadada, uniéndose con hombres extraños, que se presentaban ocasionalmente, y sometándose a sus abrazos. Pues había allí desde tiempo ha una nutrida asociación de rufianes, que manejaban en burdeles el negocio del desenfreno carnal, poniendo a la venta públicamente en el mercado a gente joven ajena y sometiendo a la esclavitud a personas sensatas. Pero el emperador Justiniano y la emperatriz Teodora (porque todo lo hacían con el acuerdo común de aplicar la piedad) idearon lo siguiente. Limpiaron el estado de la plaga de los burdeles, eliminando el nombre de rufianes, y a las mujeres que padecían una extrema pobreza las liberaron de su servil prostitución, al proporcionarles medios de vida propios y la sensatez que se da en un estado de libertad. Y ello, pues, lo llevaron a cabo de la siguiente manera. En la orilla justamente del estrecho, la que se encuentra a la derecha, según se navega en dirección al llamado Ponto Euxino, transformaron un antiguo palacio en un grandioso monasterio, para que sirviera de refugio a las mujeres arrepentidas de su vida pasada; con este objetivo, con su futura consagración a Dios y a la piedad podrían limpiar las faltas de su existencia en el burdel. Por ello también, sin duda, a esta residencia de mujeres la denominaron, en justa correspondencia, *Arrepentimiento*. Estos monarcas han obsequiado a este monasterio con abundantes aportaciones crematísticas, y construyeron muchas edificaciones que destacaban singularmente por su belleza y suntuosidad para que sirvieran de alivio a las mujeres, a fin de que, por presión ajena, en modo alguno se apartaran de la práctica de la virtud. Más o menos, estos son los hechos en este tema.

Desde allí, según se va al Ponto Euxino, ante la costa del estrecho se destaca un escarpado promontorio, en el que se levanta el santuario del mártir San Pantelemón, cuidadosamente cons-

49 Ya mencionado. V. *supra*, n. 36, pág. 39.

truido en un principio y muy castigado por el largo paso del tiempo. El emperador Justiniano lo quitó por completo de allí y construyó, de un modo especialmente grandioso, el templo que ahora existe en el lugar; preservó su honor al mártir y otorgó belleza al estrecho, al fijar a uno y otro lado estos templos. Tras este templo, en el lugar llamado Argironio, había desde antiguo un refugio⁵⁰ de mendigos afectados por enfermedades incurables. Éste, que con el paso del tiempo se hallaba en un estado de extrema ruina, lo restauró con todo su ardor, para que sirviera de alivio a los que de esa manera sufrían. Hay un promontorio cercano al lugar, de nombre Mocadio que ahora se denomina también Hierón. Allí edificó otro templo al Arcángel de una singular santidad, sin que ceda en calidad a ninguno de los templos del Arcángel que recientemente mencioné.

También levantó un templo al mártir Trifón, finamente elaborado con gran esfuerzo y tiempo para lograr una belleza totalmente indescriptible, en una avenida de la ciudad que tiene por nombre Pelargo⁵¹. Erigió, además, un santuario en el Hebdomo a los mártires Menas y Meneo. Y por la izquierda, según se entra en las llamadas Puertas Áureas, encontró derruido el santuario de la mártir Santa Ia y lo restauró con toda esplendidez. Pues bien, tales son las realizaciones del emperador Justiniano en lo que respecta a los lugares sagrados de Bizancio. Pero enumerar cada una de las construcciones llevadas a cabo en todo el Imperio Romano es un tema difícil y, en esencia, del todo imposible. Sin embargo, cuando necesitemos mencionar una ciudad o comarca por su nombre, los santuarios correspondientes quedarán señalados en su momento oportuno.

X. Por consiguiente, éstas fueron las edificaciones religiosas construidas por el emperador Justiniano en Constantinopla y sus alrededores. De las demás edificaciones que llevó a cabo no es fácil exponer cada una de ellas en mi relato, pero, para decirlo brevemente, la mayor parte de las edificaciones y las más significativas del resto de la ciudad y del palacio, que fueron incendiadas y arrasadas hasta sus cimientos, las reconstruyó todas y las transformó, dejándolas en un estado mucho más esplendoroso. Estos hechos me pareció que, en modo alguno, era necesario exponerlos en detalle en las circunstancias presentes. Porque todos ellos han quedado descritos por mí con exactitud en mi **Historia de las guerras**. Por el momento, tan sólo quedará expuesto que los propileos del palacio, la llamada *Puerta de Bronce*, hasta la denominada *Mansión de Ares*, el *Baño de Zeuxipo*, los grandes pórticos y todo lo existente a continuación, a uno y otro lado de ellos, hasta el mercado que lleva el nombre de Constantino, resultan ser obra de este emperador. Además de todas estas construcciones, transformó la llamada casa de Hormisdas, que estaba muy próxima a Palacio, adaptándola a un estilo mucho más noble, para que se encontrara en consonancia, dignamente, con la mansión real, y la incluyó en el palacio, por lo que éste, de ese modo, ha resultado más amplio e incluso más valioso.

Existe también delante del palacio un mercado porticado. Los de Bizancio lo llamaban el mercado de Augusto. Lo he mencionado con anterioridad, cuando al describir la iglesia de Soffa hice la referencia de una estatua de bronce, como culminación de la obra, consagrada al emperador sobre una columna muy alta de piedras ajustadas. En la parte de levante de este mercado, se encuentra el senado, obra del emperador Justiniano que, por su lujo y toda clase de equipamiento, supera lo que de ella pueda decirse. Ahí se reúne el senado de los romanos⁵²,

50 καταγώγιον, en griego. Otro centro asistencial distinto (o más específico) de los mencionados anteriormente donde iban a acabar sus días los indigentes que padecía enfermedades incurables. V. *supra*, n. 25, pág. 35.

51 «Cigüeña»; πελαργός, en griego.

52 Con esta expresión, una vez más, se evidencia el sentido general y universal del Imperio. No obstante, JONES (II, pág. 555) establece unas diferencias precisas entre el senado de Roma y el de Bizancio, sobre todo en lo que respecta al origen y poder de la clase senatorial.

mediante convocatoria, al comienzo del año, y celebra una sesión anual, manteniendo en su celebración las normas tradicionales del estado. Seis columnas se alzan delante de él; de ellas, dos tienen entre sí la pared del senado que da a poniente, y las otras cuatro se encuentran un poco fuera, de aspecto blanco todas ellas y, de tamaño, son las primeras, creo, de todas las columnas del orbe. Las columnas forman un pórtico con una cobertura curva en forma de bóveda, y toda la estructura superior del pórtico está adornada con bellos mármoles, que igualan a las columnas en su precioso aspecto, y la parte superior, dentro de esa línea, se ha diseñado de un modo admirable con un número de estatuas que sobre ella se alzan.

No muy lejos de este mercado se halla la residencia del emperador, y el palacio es, en cierto modo, nuevo casi por entero y, como he dicho, ha sido construido por el emperador Justiniano; y difícil es describirlo de palabra, pero bastará con que las generaciones futuras sepan que todo él resulta ser una obra del emperador. Como dicen, conocemos al león por su garra, así también los que lean esto conocerán la importancia de este palacio por su vestíbulo. El vestíbulo en cuestión es lo que llaman *Calque*⁵³. Cuatro paredes rectas, que se elevan hacia el cielo, se alzan en cuadrilátero; en líneas generales, son equivalentes entre sí, pero la que da a mediodía y la que da a norte, en longitud, son ambas ligeramente inferiores a las otras. En cada uno de sus ángulos se levanta una construcción de piedras muy bien trabajadas, que asciende con la pared desde la cimentación hasta una altura muy considerable; tiene cuatro lados, y se ajusta a la pared por un solo lado, sin recortar la belleza del conjunto; al contrario, se le añade incluso algún ornato por la armonía de su semejanza estructural. Se levantan sobre ellas ocho arcadas, de las que cuatro sostienen la cubierta que se curva en el centro del conjunto en forma de esfera suspendida; de las otras, dos dan a mediodía y dos a norte, descansan sobre la pared contigua y levantan la techumbre central que se halla suspendida en la estructura abovedada. Y el techo entero se enorgullece de sus pinturas, sin haber sido fijado con cera fundida y aplicada sobre él, sino que ha sido compuesto a base de mosaicos teñidos de colores de todas clases. Imitan éstas toda clase de temas y motivos humanos. Mostraré ahora cuáles son los rasgos de estas pinturas. En cada una de ellas está la guerra y el combate. Y un sinnúmero de ciudades son conquistadas, unas de Italia y otras de Africa. El emperador Justiniano obtiene victorias con la colaboración de su general Belisario, y vuelve el general junto al emperador con todo el ejército intacto, y le entrega despojos, reyes, reinos y todo aquello que se estima como extraordinario entre los hombres. El emperador y la emperatriz Teodora se hallan en el centro, parecen alegrarse ambos y celebran las victorias sobre el rey de los vándalos y el rey de los godos que llegan a ellos como cautivos sometidos a servidumbre. El senado romano, reunido en asamblea, se encuentra en torno a ellos, todos en actitud festiva. Esto lo reflejan los mosaicos, pues expresan en sus semblantes una actitud alegre. En efecto, se muestran ufanos y sonríen cuando les tributan honores casi divinos por la importancia de sus realizaciones. Y todo el interior, hasta los mosaicos de encima, está recubierto de suntuosos mármoles, y no sólo los revestimientos de paredes, sino igualmente todo el pavimento. Algunos de los mármoles son de cantera espartana semejantes a la esmeralda y otros simulan la llama del fuego. El aspecto de la mayoría de ellos es blanco, pero no el ordinario, sino uno que saca un veteado de color azulado. Esto es lo que hay al respecto.

53 Es decir [«Puerta de»] «bronce». También se menciona en *Historia de las guerras I*, XXIV 47.

XI. Según se navega desde la Propóntide⁵⁴ hacia la parte de levante de la ciudad, se encuentra un baño público a la izquierda. Se llama Arcadianas, y engalana a Constantinopla, que es de una gran dimensión. Allí este emperador edificó un recinto, que se halla fuera de la ciudad, y se ofrece a los que allí dedican su esparcimiento a pasear, y a fondear sus barcos a los que navegan por la costa. El sol, cuando sale, lo ilumina con su luz y le da sombra gratamente, cuando completa su recorrido hacia occidente. El mar sereno fluye en torno a este recinto, rodeándolo en calma con su corriente al modo de un río que procediera del Ponto, de manera que incluso los que se encuentran paseando entablan conversación con los que están navegando. Porque el mar, que mantiene su profundidad hasta la cimentación del recinto, se hace allí navegable para las embarcaciones y, debido a la profunda calma existente, relaciona entre sí, en conversación, a los que se encuentran en tierra firme y a los que pasan navegando. Así es, pues, la parte de mar que limita con este recinto, se embellece por la contemplación que de él se tiene y se airea por las suaves brisas que vienen del agua. Columnas y mármoles de extraordinaria belleza cubren, en su totalidad, tanto sus cimientos como las partes de arriba. De ellos se desprende un destello extraordinariamente blanco, que se produce justamente gracias a los rayos del sol. Incluso también, un gran número de estatuas lo adornan, unas de bronce y otras de piedra pulida, espectáculo digno de una larga descripción. Se podría suponer que son obra del ateniense Fidias, del sicionio Lisipo o de Praxiteles. También se halla allí, sobre una columna, la emperatriz Teodora, que la ciudad se la había ofrendado en agradecimiento por el recinto. Se trata de una estatua de bello rostro, pero inferior en belleza a la emperatriz, porque expresar de palabra su hermosura y representar su figura sería del todo punto imposible, al menos para un ser humano. La columna es de púrpura y da a entender a las claras, incluso antes de que se capte la efigie, que sin duda soporta a una emperatriz.

Y al punto mostraré las realizaciones que allí se llevaron a cabo por este emperador con referencia al suministro de agua. En la época de verano, la ciudad imperial sufría escasez de agua de un modo general, aunque en las otras estaciones tuviera suficiente. Porque se producían en esa estación sequías, y las fuentes, que manaban agua en menor profusión que en otras estaciones, ofrecían a la ciudad una conducción muy mermada de caudal. Por ello, el emperador ideó lo siguiente. En el Pórtico Imperial, donde preparan sus pleitos los abogados defensores y los fiscales y todos aquellos que se dedican a este menester, hay un patio muy grande, muy largo, y de un ancho adecuado, rodeado de columnas en sus cuatro costados, pero no se ha construido, por los que lo han llevado a cabo, sobre una cimentación de tierra sino sobre piedra. Cuatro pórticos enmarcan el patio, fijándose uno en cada uno de los lados. Pues bien, en ese patio, y en el lado que precisamente da a mediodía, el emperador Justiniano excavó⁵⁵ a gran profundidad y acondicionó un depósito para el verano con las aguas que se perdían en la abundancia de las otras estaciones. Porque al recibir estos depósitos el sobrante del acueducto, cuando éste rebosaba, ofrecían entonces un espacio a las aguas que se encontraban carentes de él y concedían un recurso a los que necesitaban estas aguas que temporalmente se ansiaban. Así consiguió el emperador Justiniano que los bizantinos no sintieran más deseos de agua potable.

También construyó palacios, de nueva planta, con su actuación personal en otros lugares, en el Hereo, que ahora llaman Hierón, y en las llamadas Jucundianas. Pero probablemente no

54 Mar de Mármara.

55 Se menciona también en la *Histotia secreta*, XIV 13. Puede tratarse de la misma cisterna existente hoy día, llamada Yeri Batan Serai, a poca distancia de la parte oeste de Santa Sofía.

podría expresar suficientemente con adecuadas palabras su magnificencia a la par que su rigor técnico y su enorme tamaño. Bastará decir que éstos son propiedades regias y que deben su existencia a la intervención directa de Justiniano y a su capacitación técnica⁵⁶, sin que nada se haya descuidado, salvo el dinero. Porque no es posible calcular su montante.

Allí también se construyó primorosamente un abrigado puerto que antes no existía. Porque encontró la costa, a uno y otro lado, expuesta a los vientos y a la agitación del oleaje, y determinó que fuera un refugio para los navegantes de la siguiente manera. Se procuró, de las llamadas arcas⁵⁷, una gran cantidad de ellas y de gran tamaño, y las arrojó a una gran distancia de la costa, en línea oblicua, a uno y otro lado del puerto y, fijando sucesivamente un estrato de otras arcas en línea, por encima de esas anteriores, levantó dos muros⁵⁸ que se hallaban en ángulo frente a cada uno de los lados del puerto, desde los cimientos del fondo hasta la superficie del agua que surcan las naves. Además, echó en aquellos muros rocas cortadas a pico que, golpeadas por el oleaje, rechazan la acometida de las olas y, cuando en la estación invernal sobreviene un duro vendaval, todo el espacio que se encuentra entre los muros se mantiene tranquilo, quedando en medio un solo acceso al puerto para los barcos. También ha construido allí sagrados templos, como anteriormente he expuesto⁵⁹, pórticos, mercados, baños públicos y casi todos los demás tipos de edificios, de tal modo que esas construcciones en nada son inferiores a los reales sitios de la ciudad, en los lugares que llevan el nombre de Eutropio, no muy lejos de este Hereo, construido de la misma manera que el puerto que hace poco he mencionado.

Pues bien, para decirlo lo más brevemente posible, las construcciones que llevó a cabo el emperador Justiniano en la ciudad imperial son de ese modo en líneas generales. Y la única cuestión que nos ha quedado aquí pendiente la expondré al punto. Al tener en este lugar el emperador su residencia, a causa de la extensión del Imperio, de todo el mundo acude a la ciudad una variopinta multitud de gentes. Cada uno de ellos se presenta guiado por algún asunto o por alguna esperanza o por azar; algunos, cuya situación en casa no se encuentra en buen estado, se acercan para hacer una petición al emperador, y se afincan en la ciudad por alguna exigencia urgente, inminente o futura. Son personas que, aparte de otras dificultades, les afecta también la falta de vivienda, porque no son capaces de pagar el alquiler por su estancia aquí. Esta dificultad se la resolvieron el emperador Justiniano y la emperatriz Teodora. Muy próximo al mar, precisamente en el lugar que se llama Estadio (porque antiguamente, supongo, se dedicó a la celebración de algunos juegos), construyeron unos enormes hospicios, para que temporalmente sirvieran de hospedaje a los que se vieran afectados por estas necesidades.

56 Aquí sí se le concede «capacidad técnica» a Justiniano. Cf., en cambio, *supra*, n. 19, pág. 33, donde sus conocimientos técnicos, para dar solución a un problema, se deben a la inspiración divina.

57 Estas «arcas» o, más bien, «arcones» se supone que no llevarían tapa y se llenarían de piedras para que se hundieran mejor. En definitiva, se trataba de hacer una barrera artificial, tal como hoy día se hace con bloques de hormigón.

58 En el Bósforo.

59 Cap. III, pág. 36.